

BARCELONA

Palau de Pedralbes, 18-19 junio 2008.

**IEMed, Universidad Autónoma de Madrid, Ministerio de Asuntos
Exteriores y de Cooperación,**

**LAS RELACIONES DE ESPAÑA CON EL MEDITERRÁNEO Y EL
MUNDO ARABOMUSULMÁN. UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA¹**

Dir: BERNABÉ LÓPEZ Y MIGUEL HERNANDO DE LARRAMENDI

Intervención

Día 18 junio 2008

Título

España en la historia poscolonial: 1939-1975²

MONTSERRAT HUGUET

Universidad CARLOS III de Madrid

Contenidos:

- 1. Las estrechas condiciones posbélicas.**
- 2. Siguiendo el ritmo de los fuertes. España y Francia ante el reto magrebí.**
- 3. Pequeños viejos imperios.**

¹ A cargo de Proyectos de investigación I D : « Relaciones política e intercambios humanos entre España y el mundo islámico (1939-2004) » (SEJ2005-08867) y « Política exterior y relaciones culturales con el mundo árabe » (SEJ2005-08867-C03-03)

² La presente conferencia está fundamentada en algunos trabajos inéditos y otros publicados de la autora, cuyas referencias aparecen en las notas de pie de página.

1. Las estrechas condiciones posbélicas.

Después de la Segunda Guerra Mundial, en Asia y en África la liquidación de los Imperios coloniales propició el nacimiento y la constitución de nuevos países. Aunque el desarrollo de la descolonización se inició, como hemos visto, en el periodo de entreguerras, el proceso como tal maduró en los años posteriores a la segunda guerra. La rebelión de Asia y la liberación de los países árabes e islámicos, favorecida esta última por la retirada anglo-francesa del área en el último tramo de la guerra, pueden considerarse las primeras iniciativas globales contra el colonialismo de las metrópolis europeas. En 1955, la Conferencia de Bandung dio carta de naturaleza a la acción independiente de los pueblos no europeos en la escena mundial.

Al igual que tras la Primera Guerra Mundial, tras la Segunda se desencadenó un movimiento centrífugo que puso en evidencia el debilitamiento de las naciones colonizadoras de Europa. Pero el efecto de la Segunda Guerra Mundial en el proceso descolonizador fue mucho mayor si cabe que el de la primera gran guerra. La dimensión planetaria de la guerra implicó de forma rotunda a las colonias de todas las metrópolis. Las campañas militares en África, en Asia y en el Pacífico fueron intensas y constantes a lo largo de la contienda. La sangría a la que la guerra sometió a los contendientes obligó a movilizar a hombres y recursos de todas las latitudes y condiciones, en escenarios -Indochina, Birmania, África del norte u Oceanía- hasta la fecha periféricos. Todos ellos quedaron tan maltrechos como Europa. En buena parte de Asia los movimientos de resistencia a las invasiones de japoneses y alemanes dejaron en herencia reivindicaciones de autodeterminación y soberanía. La guerra de guerrillas y la alteración del orden civil en las sociedades coloniales señalaron el punto de inflexión hacia las independencias.

Las cerradas sociedades coloniales se vieron sometidas no solo a la destrucción física de la guerra sino también a la fuerte tensión ideológica que comportaba el conflicto. Hasta 1941, las potencias del Eje: Alemania, Italia y Japón, difundían de sí mismas la imagen de defensoras de los pueblos contra la opresión que provenía de los dos principales imperios coloniales, Francia y Gran Bretaña. A partir de esa fecha, las provincias de ultramar se acostumbrarían por el contrario a escuchar en el mensaje antifascista aliado las ideas de defensa de la libertad y de los derechos humanos. Parece lógico deducir que este juego ideológico instrumentado por Europa terminase al concluir la guerra por pasar factura al viejo continente. Los mensajes de liberación habían sido sembrados y Gran Bretaña hubo de contemplar con gran preocupación como las maniobras norteamericanas para expulsar a los japoneses de Indochina, consolidaban las fuerzas de resistencia al colonialismo francés y ponían en peligro a este Imperio colonial próximo al británico. Prueba fehaciente del impacto de la guerra sobre el mundo colonial lo constituyó el efecto del anuncio de la capitulación sin

condiciones de alemanes y japoneses en los territorios del antiguo Imperio francés. Así por ejemplo, el 8 de mayo de 1945 se produjo una grave insurrección en Argelia, cuyo origen estuvo en el avance del nacionalismo y en los efectos de la crisis económica sobre Argelia. La oleada represiva fue terrible: con la ayuda de las milicias europeas, las fuerzas armadas bombardearon y ametrallaron campamentos como el de Messali Hadj provocando un número incierto de víctimas, que se calculó entre veinte y cien mil.

Las aspiraciones de independencia tropezaban con una visión política a la que no era ajena la opinión pública europea que entendía que la única forma de que sus Estados mantuvieran la apariencia de potencia consistía en mantener los imperios. Pero la clave de los acontecimientos que siguieron no estaba ya en manos de los antiguos imperios, sino en las de las nuevas potencias hegemónicas. No en vano, Estados Unidos y la URSS iban a decidir las reglas del juego que habrían de operar en la posguerra. Ambos países parecieron estar de acuerdo en la necesidad de que las viejas formaciones coloniales se desintegraran para dar paso a la construcción de un nuevo orden. En el ámbito anglosajón, la defensa del liberalismo a ultranza indicaba la necesidad de mantener amplios espacios para el intercambio comercial. La pervivencia de los imperios coloniales constituía un riesgo, porque, debido al mantenimiento de prácticas proteccionistas, obstaculizaba las posibilidades expansivas de las que tanto la economía norteamericana durante la guerra, como ahora la soviética hacían gala. El mantenimiento de las industrias a pleno rendimiento exigía la liberalización absoluta. Estados Unidos proponía que los espacios coloniales franco-británicos se convirtieran en un ámbito de *todos*, haciendo caso omiso de la interpretación que, sobre todo Francia, confería a su Imperio. Esto es, la indisolubilidad de los territorios europeos y coloniales bajo el gran paraguas de la Metrópoli.

Pero si Estados Unidos coincidía con Gran Bretaña a la hora de considerar prioritaria la defensa en el ámbito planetario de las libertades, la vocación británica del pragmatismo político le hacía coincidir con la Unión Soviética en la voluntad de acometer los problemas regionales con soluciones específicas. En este sentido, el anticolonialismo radical de los Estados Unidos y de la URSS se vio matizado por los intereses que ambos Estados tenían por coincidir con Gran Bretaña en algunas pautas de comportamiento. Ello hizo que el inicio del proceso de descolonización fuera más pausado de lo que las dos potencias hubiesen deseado en primera instancia. Francia se benefició momentáneamente de la pauta de transición que adquirió el proceso, amparándose -dada su débil situación al terminar la guerra- en los intereses británicos. Gran Bretaña, por su parte, sostuvo en la medida de sus posibilidades las posiciones francesas en el Extremo Oriente para evitar que la presencia del ejército norteamericano, como un ejército de liberación frente a la ocupación japonesa, hiciera inviable el retorno de las tropas neocoloniales francesas.

Sin embargo, la descolonización en ciernes, generaba una nueva problemática no prevista, la de qué papel asignar a los jóvenes países en el orden posbélico. No había duda de que algunos de los nuevos Estados en formación, la China Comunista o la India, tenían los requisitos adecuados para *contar* en el foro internacional. Pero se temía que una desarticulación precipitada y descontrolada de los Imperios, inundara la escena internacional de una multitud de Estados débiles, situación para la que las potencias no estaban en absoluto preparadas. Era patente que no se podía acometer un proceso generalizado de descolonización como en principio hubiera podido desearse. Antes bien, la liberación requería de un seguimiento puntual y pormenorizado de cada caso, que fuera paralelo a la articulación de un foro internacional adecuado, el de las Naciones Unidas. Con él parecía conjurarse el peligro de reaparición de los totalitarismos. A este factor de partida se sumaría a partir de 1947 otro si cabe de mayor calado. La rápidamente inaugurada política de contención ante el avance comunista que siguió al inicio del proceso de apertura de la Guerra Fría, cambió el signo de las prioridades norteamericanas. Los totalitarismos residuales, como era el caso del franquismo en España, o la presencia de los Imperios en regiones de riesgo, como sucedía con el francés en Indochina, resultaban desde la óptica americana útiles para prevenir y contener el avance del comunismo en el seno de los nacionalismos. El peligro de asociación entre el Comunismo y el Nacionalismo en Asia era mayor que en Oriente Medio, a pesar de lo cual la actuación norteamericana durante los años cincuenta fue tan implacable en este escenario como en aquel: en 1953 la CIA y el MI6 británico actuaron para derribar el gobierno del doctor Mossadegh que, tras obligar a abdicar al Sha, había nacionalizado el petróleo en Irán.

Pero para las metrópolis que habían sido Imperios en el siglo XIX el avance del Comunismo resultaba ser un problema secundario, ya que la cuestión preferente era la de hacer frente a la desarticulación territorial del Imperio con los escasos recursos económicos con que contaban. Gran Bretaña asumió con cierta flexibilidad el devenir de los acontecimientos, consciente de que no podía permitirse los márgenes de esplendor de que antaño hiciera gala. Así, fue abandonando a las colonias a su suerte, camuflando el abandono de serena magnanimidad. Estrechamente vinculados al imperio británico, entre 1945 y 1952 se produciría la definitiva independencia de los países del mundo árabe, que ya se había perfilado entre las dos guerras mundiales, y cuyas oligarquías, vinculadas a los intereses económicos occidentales mantuvieron el nexo con el mundo económico occidental. La protección británica canalizó la creación de la Liga de Estados Árabes que nació en el Cairo en marzo de 1945, con bazas importantes como las de Irak, Siria, Líbano, independientes estos dos últimos en 1946, y con Jordania, nacida de la antigua Transjordania en 1949. Gran Bretaña puso fin a su mandato en Palestina con el plan de partición del territorio según acuerdo de la ONU de noviembre de 1947. La fuerza de

las presiones internacionales sionistas forzó la creación del Estado de Israel en mayo de 1948, dando origen ese mismo año a la que sería la primera guerra árabe-israelí.

Por el contrario, el resto de las potencias coloniales, Francia en especial, mantuvo importantes niveles de firmeza ante los fenómenos de resistencia colonial, embarcándose en campañas de ultramar inoportunas para las maltrechas metrópolis de la posguerra. En el Lejano Oriente, el hundimiento japonés condujo al poder a los líderes nacionalistas. Primero fue Indonesia independiente y poco después, tras la abdicación del emperador Bao Dai, fue Ho Chi Minh quien proclamó la independencia de la República de Vietnam. La República Democrática de Vietnam se amparó en los referentes teóricos e ideológicos de la Constitución estadounidense, en la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano, y en los acuerdos de Teherán y San Francisco.

Así pues, tras la Segunda Guerra Mundial se operó el despertar de Asia. Sin embargo, es preciso señalar la japonesa como la primera de las rebeliones asiáticas contra los pueblos occidentales. Nación moderna e industrializada ya a principios del siglo XX, Japón rivalizó con Occidente repitiendo el mismo patrón europeo. Su victoria contra Rusia en 1905, precedida por la derrota de China en 1895, la situó en la vanguardia de las naciones *liberadas* y de las nuevas potencias imperiales. A los ojos de los pueblos de Asia, Japón representaba la posibilidad de vencer a los europeos con sus propias armas. La irrupción de los procesos revolucionarios, con la revolución nacionalista y republicana de China en 1911-1912 y los efectos de la revolución soviética de 1917 sobre las colonias rusas de Asia central y en Mongolia, abonaron el terreno para la siembra de los levantamientos contra las metrópolis. La India, Indochina, Indonesia, los Países Árabes y Oriente Medio, en todas estas regiones el periodo de entreguerras se vivió presa de una intensa agitación.

Pero, ¿se daban signos que hicieran presagiar la *rebelión asiática* de la segunda mitad del siglo XX? En realidad, la época colonial no había sido un mar de aguas calmadas. En los distintos marcos nacionales, adscritos a las diversas administraciones coloniales europeas, se habían producido sucesivas manifestaciones de hostilidad contra los colonizadores. Los nacionalismos asiáticos, tal y como sucedería más tarde con los africanos, tenían dos fuentes de inspiración. De un lado, la herencia cultural pre colonial y, de otro, los modelos de identificación nacional aprendidos de la propia cultura occidental durante el siglo XIX. Así, las formaciones políticas rebeldes bascularon entre una y otra fuente de inspiración con desigual intensidad y suerte. Por otra parte, fue especialmente en el mundo colonial donde se percibieron durante la primera parte del siglo XX los signos del debilitamiento europeo. Las guerras mundiales favorecieron esta percepción. Alentados por las propias potencias europeas, los

grupos nacionalistas o radicales se expresaron al hilo de la guerra de 1914 con la intención de sacar ventaja del desconcierto de los países de Europa. Más allá de la pura apariencia, si el esplendor de la civilización europea parecía incuestionable, los desajustes en el modelo de crecimiento material, así como las dificultades del modelo liberal-parlamentario para hacer funcionar el sistema en el periodo de entre guerras, se hacían también patentes en el ámbito colonial. Las sociedades europeas, más agitadas que nunca, se mostraban inseguras y vulnerables. Además, Europa había exportado a los territorios periféricos los instrumentos ideológicos y materiales que después habrían de volverse contra ella. La caída en picado de los Imperios en Asia debe ser entendida pues a partir de tres coordenadas complementarias: en primer lugar, la consolidación de los diversos marcos nacionales, en segundo, la incuestionable incapacidad europea de mantener los imperios con el vigor de antaño y, finalmente, la expresión de una coyuntura internacional que, desde el diseño de una política mundial posbélica, renunciaba a los viejos modos de hegemonía y de organización mundial para anunciar el nacimiento de un nuevo orden, el bipolar.

Entre 1945, en el final de guerra, y 1955, año de la Conferencia Afroasiática de Bandung, la década se desarrolló surcada de momentos cruciales para la historia de este siglo. En 1947 se puso fin a la vida del Imperio británico en la India y Paquistán, que proclamaron su independencia. Dos años más tarde, en 1949, China abrazó el triunfo de la revolución comunista con el nacimiento de su República Popular. En 1954 Francia, tras duras luchas por mantener sus posiciones en el sudeste asiático, no tendría más remedio que asumir su derrota en Dien Bien Phu y salir del área. El establecimiento de la República Popular China en 1949 en plena Guerra Fría estimuló el proceso revolucionario en Asia, al tiempo que creó una nueva forma de *imperialismo de sustitución*, el chino, para cubrir el hueco dejado por Japón. Finalmente, Estados Unidos tomó el testigo de Francia en Vietnam.

2. Siguiendo el ritmo de los fuertes. España y Francia ante el reto magrebí.

La crisis del Imperio francés. La retirada de Indochina.- Puesto que en 1940 Francia había firmado la paz con la Alemania de Hitler, una parte sustancial del país, París incluido, quedó ocupado por los alemanes, al tiempo que un gobierno francés se instalaba en Vichy. Pero la resistencia francesa no reconocía la autoridad del Gobierno de Vichy sobre las colonias, una autoridad que en realidad se limitaba a África del Norte y Occidental, así como a Madagascar, puesto que la Francia Libre del general De Gaulle controlaba el África Ecuatorial Francesa, y Japón mantenía ocupada Indochina entre 1941 y 1945. La pérdida de prestigio metropolitano en las colonias que provocó la ocupación fue

enorme. Ello no fue impedimento sin embargo para que en 1942 se creara un comité del Imperio Francés, producto de la fusión de la antigua Unión Colonial Francesa, del Instituto Colonial Francés y del Comité de Indochina. La intensidad con que los franceses intentaban defender la explotación de sus negocios en ultramar en unos momentos tan difíciles, alertó a los nacionalismos acerca de la posición de dureza que Francia iba a mantener para afrontar las iniciativas descolonizadoras. La visión centralizadora vigente aún en la concepción administrativa de Francia descartaba a finales de la Segunda Guerra Mundial cualquier atisbo de salida del Imperio pacífica y pactada a favor de regímenes de autogobierno. Con este talante, la Conferencia de Brazzaville de 30 de enero de 1944 iba a tratar sobre las reformas administrativas de las colonias sin contar con ninguna representación africana directa.

Durante la Guerra, el general De Gaulle fue el responsable de hacer llegar a la nación francesa la idea de que el Imperio constituía la condición imprescindible de la salvación de Francia. En 1944 Francia optaba sin embargo por practicar con sus colonias una política de *asociación* en el seno de la Unión Francesa. Sometidas al pacto colonial, las antiguas colonias de explotación recibieron las inversiones de la metrópoli, iniciando con ello su modernización. Ese mismo año, el propio De Gaulle habría de reconocer que, para evitar los enfrentamientos raciales y las confrontaciones regionales, a las potencias coloniales no les cabía más remedio que facilitar el autogobierno de sus territorios de ultramar, tendiendo hacia un régimen de asociación con las colonias. Cuando la IV República inició su andadura en 1946, una nueva Constitución daba cabida a una futura Unión Francesa. Esta institución, vigente hasta el año 1958, pretendía regular las relaciones entre la metrópoli y sus territorios coloniales.

Los territorios de ultramar quedaban organizados según dos categorías. En primer lugar los *Departamentos y Territorios de Ultramar* que integrarían la Unión Francesa: Argelia, colonias del Caribe -Reunión y St. Pierre y Miquelon-, islas del Pacífico, África occidental y ecuatorial y Madagascar; los habitantes de los así llamados *Dom-Tom* obtendrían la categoría de ciudadanos franceses, dejando definitivamente aparcada la condición de *súbditos* a la que habían estado adscritos hasta la fecha. En segundo lugar, los *Estados Asociados*: Marruecos, Túnez e Indochina que, pese a tener reconocida la autonomía interna, carecían de control sobre su acción exterior. En 1958, bajo la V República, liderada nuevamente por De Gaulle, la Unión Francesa, en un intento de adecuar sus pasos a los tiempos que corrían, se convirtió, bajo claros síntomas de aperturismo en la *Comunidad Francesa*, en una institución que integraba a la metrópoli y a sus colonias; a pesar de lo cual se vio superada por el discurrir de los acontecimientos, siendo la guerra de Argelia el principal de los conflictos con el que habría de toparse la metrópoli. Los Estados africanos miembros -a excepción de Guinea- aceptaron la Comunidad en referéndum, pero las sucesivas

independencias dejaron a la institución comunitaria, que terminó por disolverse, fuera de juego.

En 1954, tras duras luchas por mantener sus posiciones en el Sudeste asiático, Francia hubo de asumir la derrota de Dien Bien Phu y retirarse del área. El primer síntoma de la conflictividad que se avecinaba en el continente asiático lo constituyó la guerra de Indochina (1946-1954), una guerra que bien podríamos calificar aún de colonial. En esta etapa de su historia, la recuperación moral de Francia exigía la continuidad del Imperio, de ahí que la pérdida de Indochina supusiese el primer golpe de gracia para el ya maltrecho nacionalismo francés.

En el África Norsahariana: Argelia. Sin embargo, en el terreno estricto de las llamadas descolonizaciones otros fueron los procesos que llamaron atención. A mediados de los años cincuenta, inmediatamente después de abandonar Indochina, Francia hubo de enfrentarse a la complicada situación que le planteaban sus territorios norsaharianos, Marruecos, Túnez y Argelia. Aunque a comienzos de la década se habían producido algunos episodios de violencia en Marruecos, complicados por la falta de un apoyo popular unánime al sultanato marroquí, los de Túnez y Marruecos fueron para Francia problemas menores en definitiva. En marzo de 1956 ambos protectorados obtenían una independencia, a partir de la cual mantuvieron activos los vínculos, en especial económicos, con la antigua metrópoli.

El 3 de julio de 1962 Argelia conseguía su independencia, pero la argelina fue una emancipación más difícil y compleja que las de Túnez o Marruecos, ambos *protectorados*, ya que, como colonia de poblamiento, Argelia carecía de cualquier forma de organización propia. Con anterioridad a la independencia, en Argelia solo los territorios saharianos contaban con un estatuto particular, los tres departamentos que la componían dependían del ministerio del Interior francés. De una población total de nueve millones de habitantes, la colonia blanca – constituida por los llamados *pieds-noirs* – estaba compuesta por un millón de personas que, desde comienzos de la conquista en 1830, consideraban al argelino suelo estrictamente francés. Tras la Segunda Guerra Mundial, en el preocupante marco de la posguerra, Francia dejó en manos de los mandos militares el control gubernativo de África del Norte, no siendo la de Argelia una excepción.

La argelina fue una guerra complicada cuya duración, entre 1954 y 1962, y violencia certificaron mejor que ninguna otra la acritud del proceso descolonizador francés. La complejidad de esta guerra radicaba en la coexistencia de varios planos de confrontación. Desde el punto de vista colonial, la guerra enfrentó al ejército francés, unos cuatrocientos mil hombres que, a pesar de la derrota, había sido curtido en Indochina, contra los combatientes de Ejército de Liberación Nacional (*ELN*), que no fueron aislados por los franceses hasta comienzos de 1958. Unos años antes, el 31 de octubre de 1954, el *ELN* había publicado un

manifiesto en el que instaba a la liberación de Argelia en el marco de la descolonización del Norte de África y de los derechos recogidos por la carta de las Naciones Unidas. Las fuerzas nacionalistas argelinas, que adolecían de la falta de un armamento suficiente y apropiado, contaban con el apoyo de la población rural. Respaldado por Marruecos y Túnez, cuya independencia se había producido en 1956, el FLN buscó el apoyo de mundo árabe, uno de cuyos máximos representantes en ese momento, el egipcio Nasser, lideraba al grupo panárabe en apoyo a la liberación de Argelia. La crisis de Suez en 1956 fortalecía la posición de El Cairo en la región, al tiempo que debilitaba la francesa. La causa argelina se vinculó así al *Movimiento de los No Alineados* y a su lucha por apoyar y acoger a los pueblos independientes en África y en Asia.

Se produjo una intensa acción militar, pese a los intentos de la comunidad internacional por encauzar las descolonizaciones del África norsahariana por vías alternativas. En enero de 1957 la Batalla de Argel se saldó con una suntuosa victoria de la división paracaidista francesa que estaba a las órdenes del general Massu, lo que dio alas al optimismo del ejército francés. Derrocada la IV República, en 1958 se abrió paso la V República, con el General De Gaulle al frente. Los jefes militares de Argelia confiaron en que el afán nacionalista de De Gaulle sirviese para frenar la independencia de Argelia. Pero De Gaulle, convencido de que la dinámica de la Historia forzaba a fragmentar el Imperio para que Francia pudiese crecer como nación y conservar siquiera su autoridad moral sobre las antiguas colonias, puso en marcha en 1958 un plan de renovación económica (*Plan de Constantina*) y un programa de conversaciones con el Gobierno Provisional de la República Argelina. Defraudados ante esta última iniciativa, los generales en la reserva Salan, Jouhaud, Challe y Zeller, contestaron con un golpe de Estado el 22 de abril de 1961. La aparición pública de la Organización del Ejército Secreto, OAS, activistas ultras dirigidos por el general Salan que desafiaban a la administración francesa mediante actos vinculados a lo que se conocía como lucha subversiva, radicalizó la situación a partir de 1961. En 1962 se desató la violencia ciega no sólo en Argelia sino también en Francia donde, entre enero y febrero de aquel año, llegaron a registrarse cien atentados con explosivos. Entre otras se atacaron las sedes de algunos partidos de izquierdas incluida la del Partido Comunista Francés. En septiembre de 1962, el propio De Gaulle fue objeto de un atentado frustrado en Petit-Clamart, tras firmarse los Acuerdos de Evian.

La guerra de Argelia fue sucia desde el primer momento: contra los métodos terroristas empleados por quienes aspiraban a la liberación de Argelia, el ejército francés –no debe olvidarse que tan sólo diez años antes Francia había sido testigo de las formas de violencia utilizadas por las fuerzas de ocupación de Alemania– recurrió a la tortura. La llamada resistencia argelina actuó además de modo implacable durante y después de la guerra contra los colaboradores o *harkis*. Pese a su dureza y a que Francia quedó escindida por la presión de dos posturas

opuestas pero bien definidas, con el gran costo moral que ello supuso, esta guerra no pervivió en el imaginario colectivo francés como lo hizo la del Vietnam. No es ajena a esta situación la circunstancia de que, en el inicio de la década de los años sesenta, tal y como De Gaulle intuía, Francia estaba conformando la nueva naturaleza de su identidad nacional y, abandonados los designios imperiales, se estaba consolidando como actor regional. En Francia, la de Argelia acabó siendo una guerra olvidada, esencialmente porque los franceses quisieron terminar con su historia de crisis y de fracturas históricas en un momento de coyuntura mundial benigna y bajo los auspicios de una prosperidad indudable. Como contrapunto, una década más tarde, sobrevino la crisis norteamericana de Vietnam, en un ambiente de desesperanza en el que se ponían en evidencia los primeros elementos de quiebra del sistema mundial construido tras la Segunda Guerra. Por eso y a diferencia de lo que sucedió en Francia con respecto a Argelia, Estados Unidos no consiguió arrancarse, como veremos más adelante, la espina vietnamita.

Durante la posguerra española el régimen franquista, aislado de la comunidad internacional, proyecta una actuación exterior³ más teórica que práctica, fundamentada en los conceptos del arabismo, el mediterraneísmo, el africanismo⁴, términos utilizados indistintamente aunque no sugieran lo mismo. En esta etapa persiste la visión tradicional del Mediterráneo dividido en dos franjas: la del norte, europea y cristiana y la del sur, norteafricana y árabe. El estallido de la II GM centró parte del interés de las potencias en el Mediterráneo, muchas de ellas volcadas en los beneficios del reparto del Mar. España, neutral pero aliada benévola del Eje, tuvo también sus intereses en un hipotético reparto del botín colonial franco-británico, frustrado por la derrota de Alemania e Italia. España perdió la administración de Tánger y sólo pudo aguantar su presencia en Marruecos hasta 1955. No obstante, durante la guerra el régimen favoreció una línea de acción preferente hacia el Mediterráneo por medio de gestos de propaganda cultural: la creación del *Instituto Español de Estudios Mediterráneos* (1941), la creación de la *Revista de Estudios Mediterráneos*, escrita en cuatro lenguas, el proyecto de creación de una *Casa Metropolitana del Mediterráneo*, con sede en Barcelona (se pretendía recordar el papel medieval de la ciudad en la región) y una serie de *cátedras de estudios del Mediterráneo*, así como la organización de viajes anuales de profesores y alumnos para la realización de estudios sobre el Mediterráneo. Pese a lo cual en España se sabía muy poco de la realidad mediterránea, especialmente alterada por la guerra en 1943.

³ HUGUET, M.: "La política exterior del franquismo (1939-1975)" en PEREIRA, J.C. (Coord): *Historia de la política exterior contemporánea de España*, Barcelona, Ariel. 2003.

⁴ HUGUET, M.: "Africanismo y política exterior española en el franquismo" en *Al-Andalus: una identidad compartida. Arte, ideología y enseñanza en el Protectorado español en Marruecos*, Madrid, BOE, 1999, pp.31-55.

No obstante, un dato importante a tener en cuenta es el de la emigración y el exilio español al Norte de África entre 1936 y 1946, una salida de población de carácter económico y político, marcada por la guerra y el fascismo y que tiene como destinos Marruecos y Argelia (12.000 españoles en Argelia) principalmente. Se verifica un importante éxodo desde Alicante y Cartagena a principios de 1939, y la reclusión de españoles en campos marroquíes y argelinos custodiados por las autoridades francesas. En la década de los años cincuenta, tras casi diez años de aislamiento internacional (1946-1955) dictado por resolución de la ONU contra España en 1946, el país activa una política de acercamiento pro-árabe con el fin de integrarse en la comunidad internacional⁵. Expresiones de esta buena sintonía en los años cincuenta fueron las visitas de jefes de Estado de las naciones árabes, el préstamo de apoyo mutuo en las asambleas internacionales, el hecho de que en los debates de las Naciones Unidas sobre el caso español las delegaciones árabes se pronunciaran en bloque a favor de España, la creación en agosto de 1954 del *Instituto Hispano-Árabe de Cultura*, que realizó una importante labor intelectual, y la toma de posición favorable frente a los árabes en conflictos internacionales que afectaban al área mediterránea. Véase, por ejemplo en 1956, cuando se produjo el ataque israelí contra Egipto, en respuesta al boicot árabe, con el consiguiente cierre del Canal de Suez y del puerto de Elath. En plena Guerra Fría, España podía ofrecer, pese al régimen dictatorial, una posición estratégica envidiable a los países occidentales como bastión del anticomunismo y así lo entendió EEUU cuando firma España los Pactos con ella (1953). Sin embargo, era evidente que las posibilidades de liderazgo español en la región eran muy limitadas. Habiendo asumido la pérdida de su territorio colonial⁶, España se manifiesta como defensora de la causa árabe y de los movimientos de autodeterminación en plena etapa de descolonizaciones. La firma de convenios con los países árabes comenzó a realizarse en 1950 (los primeros con República del Líbano, Reino Hachemita del Jordán)⁷.

Pero la descolonización de África negra careció de un patrón unitario. Las diversas áreas administradas por Francia, Gran Bretaña, Bélgica y Portugal siguieron caminos particulares hacia las independencias. Tras la II Guerra Mundial los cuadros panafricanos formados en Londres regresaron a sus países y trabajaron para avanzar hacia las independencias desde la obtención del sufragio universal. La Commonwealth fue el instrumento con el que se trató de preservar la influencia y los intereses británicos. París en cambio se sirvió de las

⁵ ALGORA WEBER, M^a D.: "La política árabe del régimen franquista: planteamientos generales y fases", en *Estudios africanos*, Asociación Española de Africanistas, vol. 5, n° 8-9, Madrid, 1990.

⁶ MARTÍNEZ CARRERAS, J.U.: *Historia de la descolonización, 1919-1986. Las independencias de Asia y África*, Madrid, 1987.

⁷ MORÁN, F.: *España y el mundo árabe*, Instituto de Cooperación Internacional, Madrid, 1978.

leyes para intentar mantener sus territorios divididos en el África Occidental Francesa -AOF- y el África Ecuatorial Francesa -AEF-. La Constitución de la IV República (1946) mantenía la soberanía de la metrópoli sobre las colonias si bien otorgaba cierta autonomía local. El fracaso de la Constitución de 1946 y el fantasma de la pérdida de Indochina, en 1954, condujeron a Francia a la formación de la *Comunidad Francesa* en 1958, una iniciativa tardía ya que Guinea-Conakry votó en contra y proclamó su independencia. Bélgica por su parte abandonó sus posesiones coloniales en un repliegue poco ordenado que terminó por dejar al Congo y a los territorios de Ruanda y Burundi sumidos en el caos. Portugal optó por combatir los movimientos de liberación en Angola, Mozambique y Guinea-Bissau hasta la derrota de la metrópoli en 1975.

Un rasgo específico de la oleada de descolonizaciones que sobrevino en 1960 - dieciocho en total si incluimos las dos pioneras, Ghana (1957) y Guinea-Conakri (1958)- dada la rapidez e improvisación con que se produjo el fenómeno, fue su carácter ordenado. No en vano, las previsiones de ordenación espacial pactadas por las potencias vencedoras durante y al final de la segunda guerra mundial, no contemplaban en absoluto una previsión para África como la que finalmente ocurrió. De ahí que pueda considerarse que la cooperación entre las metrópolis y las colonias llegó a alcanzar niveles satisfactorios. Pero, aunque se daba un sentimiento de victoria entre las naciones liberadas, lo cierto es que los nuevos estados carecían de los recursos organizativos y de las condiciones elementales para suplir el hueco dejado por la presencia colonial. El neocolonialismo hizo acto de presencia inminente. No se trataba tan sólo de la implantación de los intereses soviéticos o de las empresas norteamericanas. Las dos antiguas metrópolis de mayor entidad territorial, Francia y Gran Bretaña, tardaron poco tiempo en entender la naturaleza del cambio que debía operarse en el modo de dominación. Desterrados los intereses de soberanía, las empresas comerciales occidentales volvieron a hacerse con la cuota de mercado correspondiente. Por si los procesos de consolidación de los nuevos estados no fueran complejos de por sí, la crisis mundial de mediados de los años setenta proporcionó escaso respiro a las iniciativas internas que pretendían tomar las riendas de la situación. Parecía imposible que las naciones africanas fuesen a poder eliminar las condiciones que las empujaban a una permanente dependencia.

Sudán (1956) Ghana (1957) y Guinea-Conakry fueron los pioneros en los procesos de descolonización del África subsahariana. Nigeria alcanzó la soberanía en 1960, Sierra Leona y Tanganica en 1961, Tanganica en 1962 y Zanzíbar en 1963; Malaui y Zambia en 1964 y Kenia en 1966. El caso del Congo belga (1960) representó en cambio el fenómeno más duro de los procesos de emancipación, la guerra civil. Ruanda y Burundi se independizaron en 1962. También en 1960 se declararon independientes los hasta entonces territorios franceses de

Burkina Faso, Camerún, Togo, Costa de Marfil, Senegal, Níger, Benín, República Centroafricana, Gabón, Chad y Madagascar.

En 1957 una de las antiguas colonias británicas, Ghana, alcanzó su plena independencia tras un proceso pacífico, considerado modélico por todos los observadores. Su responsable, el líder nacionalista y presidente de la nueva República de Ghana, Kname Nkrumah, cautivó a la opinión pública internacional con un mandato en que hizo recaer la clave del desarrollo de la nueva república en la independencia de criterio y la creación de una economía próspera y aventajada. Su propuesta de creación de coaliciones africanas de rango regional que sirvieran para cubrir el hueco dejado por el control colonial tuvo una profunda repercusión en toda África. Nkrumah alentó una unión con Mali y Guinea que, aunque nunca llegó a realizarse, despertó enormes expectativas. Convencido de que la ventaja colonial de Gran Bretaña procedía de una adecuada explotación de los recursos y una correcta administración, Nkrumah se ocupó de estudiar las fórmulas del desarrollo económico y de nutrir a Ghana de un aparato administrativo eficaz. La bauxita, la producción de aluminio y de sus derivados permitieron a la república confiar en que tal vez Ghana podría tener un desarrollo industrial no dependiente. El impresionante proceso de industrialización de la URSS que, en 1917, se hallaba en un estadio claramente preindustrial, constituía un precedente en absoluto desdeñable. De esta manera, su alejamiento de la órbita occidental, puso a Ghana en el punto de mira del bloque soviético. La joven república, que mantenía aún indudables buenas relaciones con Gran Bretaña, optó por confiar parte de sus exportaciones e intercambios a la URSS. Un golpe de estado terminó en 1966 con esta singular experiencia y aunque Nkrumah fue depuesto, su ejemplo caló hondamente en otras repúblicas africanas como es el caso de Guinea, inserta en el marco africano del colonialismo francés.

Liderada por Sékou Touré, en 1958 Guinea se otorgó a sí misma un régimen independiente que agudizó la crisis colonial de la Francia del general De Gaulle. El camino hacia la independencia de las colonias francesas del África occidental y ecuatorial fue más lento. Guinea fue abandonada de este modo a su suerte por una Francia enojada. Como el apoyo de Ghana era insuficiente, la URSS acudió a solventar parte del problema de la exportación guineana de sus cosechas, evitando con ello que Guinea se precipitara en un desastre económico de mayor entidad si cabe. Pero Sékou Touré no era el presidente Nkrumah ni su formación ideológica e intelectual tan sólidas como las del líder ghanés. Las relaciones de Guinea con la URSS se malearon a principios de los años sesenta y, al igual que en Ghana, las compañías comerciales norteamericanas se hicieron cargo de buena parte de la producción minera y energética del país.

El 30 de junio de 1960 fue declarada la independencia de la colonia belga del Congo. Pocos días más tarde estallaba una guerra civil

en la que, además de los intereses que representaban a las múltiples etnias que albergaba el extenso nuevo país, se personaron los intereses de la antigua metrópoli belga, los de las compañías mineras -diamantes, uranio, cobalto-, y los de las grandes potencias, los Estados Unidos y la URSS, además de los de China o Cuba. El referente cubano y las tensiones internacionales vinculadas a la crisis de Bahía de Cochinos se convirtieron en elementos que complicaban la naturaleza del conflicto. En este contexto, los líderes congoleños que encabezaron la independencia del Congo belga, Joseph Kasavubu y Patrice Lumumba, dispusieron de escasa capacidad de acción. Patrice Lumumba fue el encargado de formar el primer Gobierno de la nueva república. Desde que, en un discurso pronunciado en presencia del rey Balduino I, el dirigente congoleño proclamara que la independencia del país daría paso a la liberación del continente africano, su destino personal estuvo sentenciado. Aunque los militares belgas apoyaban a Moisés Tshombe, partidario de la secesión de la provincia de Katanga, fue Joseph Désiré Mobutu quien, con el respaldo de la CIA, organizó un golpe de estado que situó a Lumumba fuera de juego. El 10 de octubre Lumumba fue puesto en arresto domiciliario, del que consiguió escapar el 28 de noviembre. Sin embargo, fue detenido por los hombres de Mobutu en Port-Francqui y repatriado a Leopoldville en un DC-3. La instantánea fotográfica que captaba la detención del líder produjo un gran impacto en la opinión mundial. Aquel 2 de diciembre las cámaras capturaron el rostro de un Lumumba que estaba siendo maltratado por los hombres de la seguridad del general Mobutu. Acompañado por su ministro Maurice Mpolo, Lumumba fue golpeado, encarcelado y entregado a sus enemigos. Fue torturado hasta morir el 17 de enero de 1961. Nunca se encontró su cuerpo.

Los cascos azules de la ONU intervinieron por vez primera en lo que fue considerado un conflicto civil de repercusiones internacionales: dieciocho mil hombres fueron enviados a defender la integridad del Estado congoleño, bajo una acción que resultó ser poco efectiva, debido a la fragmentación de intereses existente. En el origen de su difícil proceso de descolonización hemos de ver la especificidad colonial del Congo belga. En 1885 el concierto de naciones que se repartían África había aceptado conceder al rey Leopoldo II, soberano del pequeño estado belga, la explotación de un espacio recóndito, en el corazón de África. Nada parecido a una administración colonial en el sentido británico o francés fue concedido a este territorio, que sólo en 1908 consiguió convertirse administrativamente en parte del Estado belga, ya que hasta la fecha su explotación constituía un negocio privado de la Corona. Una década después de que hubiese terminado la Segunda Guerra Mundial, el Estado belga seguía controlando el Congo, y explotando, junto con las compañías privadas, sus recursos mineros. Bélgica había declinado cualquier esfuerzo por hacer viable algún tipo de autonomía, de modo que las organizaciones locales carecían de experiencia frente al posible reto de la descolonización. La humillación y desaparición de Lumumba constituyó un duro golpe para el movimiento

africano. Un movimiento por la autodeterminación de África que a la vez que tomaba conciencia de su gran inexperiencia frente a la dinámica del sistema internacional, veía con preocupación que las independencias no iban a ir seguidas de un camino de rosas y que las naciones forjadas exclusivamente a golpe de iniciativas políticas tenían serios problemas para sobrevivir.

El de Nigeria fue uno de los episodios de la descolonización africana que produjo mayor impacto. Ex colonia británica, habitada por una amalgama de doscientas cincuenta etnias, había obtenido la independencia en 1960. En 1967 estalló una guerra que, después de treinta y dos meses de enfrentamientos, se saldó con dos millones de muertos. El día 30 de mayo el coronel Ojukwu anunció la independencia del territorio del este, habitado por la etnia de los ibos, con el nombre de República de Biafra. El gobierno nigeriano de Lagos, de base nordista -de población hausa-fulani- declaró la guerra a los secesionistas. Durante treinta y dos meses, los embargos, cercos marítimos y bombardeos debilitaron la resistencia de Biafra que terminó por capitular. Ojukwu marcó al exilio en enero de 1970. Gran Bretaña apoyó al Gobierno de Lagos, mientras Francia, junto con Tanzania, Gabón, Costa de Marfil y Camerún, se alineó con los rebeldes biafreños. Londres temió una injerencia soviética en el área, pero fue sin duda el posible control del petróleo lo que animó a las ex-metrópolis a implicarse en el conflicto. La de Biafra fue la primera guerra africana que mostró a Occidente en directo las imágenes de los efectos la devastación y de las hambrunas. En el origen de este conflicto postcolonial debemos observar una vez más la naturaleza del dominio colonial británico que, en un alarde de economía de medios materiales y humanos había aprovechado la red de emires fulani del norte para controlar la región. Un norte musulmán y feudal que rechazaba la unión con las étnias del oeste, los yorubas y las del sur, los ibos, cuyos dirigentes habían sido educados por los colonizadores. Entre 1960 y 1967, aunque las primeras tendencias secesionistas se habían producido en el norte, el descubrimiento de crudo en las regiones del sur y en las márgenes del delta del Níger alentó el secesionismo de los ibos. Los hausas del norte se sintieron amenazados por el creciente poder ibo, que buscaba poner fin a la federación para asentar las bases de una nueva unidad nacional. Las matanzas de ibos en otoño de 1966 condujeron al intento de independencia de Biafra y con él a la guerra.

Pero el objetivo del Mediterráneo esconde en realidad un interés claramente atlantista, de reconocimiento occidental hacia España⁸.

⁸ HUGUET, M.: "El Mediterráneo en la teoría sobre la política exterior del franquismo" en *STUDIA HISTÓRICA*, Revista de Historia Contemporánea de la Universidad de Salamanca, Salamanca, 1997, Vol. 13-14, pp. 215-230. HUGUET, M.: "Descubrir el Mediterráneo: una orientación recurrente en el ideario exterior franquista" en *Cuadernos de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense*, Madrid, 1997, vol. 19, pp. 89-117. PARDO, R.: "La

España vende su imagen de puente entre culturas y continentes por razones de geoestrategia y de historia. En 1958, los Principios del Movimiento Nacional, recogidos en la Ley Fundamental de 17 de mayo, reafirman los valores mediterraneístas de España, según argumentos de cultura, de historia y de posición geográfica. A finales de los años cincuenta y en los sesenta, la aparición de regímenes progresistas en el mundo árabe –Siria, Egipto, Irak y Argelia– fue asumida con resignación por parte del régimen franquista, que intenta sobre todo encontrar el apoyo de los países periféricos en la ONU y reforzar la presión sobre Europa. Tras dos décadas de política mediterraneísta la acción exterior española hizo un serio intento por romper la tradicional diplomacia formalmente antieuropea del régimen. Con este giro se pretendía avanzar en la normalización de la política exterior española. Desde la etapa final del franquismo España restó atención a los asuntos del área del Mediterráneo occidental, el Estrecho y el norte de África, buscando un cierto referente por lo que al Mediterráneo se refiere en los asuntos del mundo árabe más alejados, especialmente en aquellos momentos.

Durante aquellos años setenta, tuvo una importancia destacada el relevo ministerial en la Cartera de Exteriores. A finales de la década el ministro Castiella (1957-1969) era partidario de que los problemas del Mediterráneo, flanco sur de la Alianza Atlántica, se dejaran en manos de los países ribereños sin la intervención de las dos superpotencias, la Unión Soviética y los Estados Unidos, que generaría la extensión de la crisis. En 1969 se produce en el régimen español un relevo ministerial de amplio espectro, a pesar del cual se mantienen las directrices fundamentales de su identidad y funcionamiento. Como trasfondo de la crisis política e institucional: el escándalo de malversación de fondos públicos y delito monetario de exportación ilegal de moneda vinculado con la empresa *Matesa (Maquinaria Textil del Norte de España. S.A.)*, en connivencia con las autoridades e instituciones públicas y del Estado. El recambio ministerial, auspiciado por Franco y por Carrero Blanco afecta a la Cartera de Exteriores. Fernando María Castiella es reemplazado por Gregorio López Bravo, Ministro de Industria –el departamento más contaminado precisamente por el asunto *Matesa*. El nuevo responsable de Exteriores, escasamente relacionado con la función diplomática y la vida internacional, refuerza los planteamientos occidentalistas del régimen, al amparo de un discurso ideológico de Franco cada vez más escorado hacia escenario europeo y atlántico. Negociar con el Mercado Común y fortalecer el Tratado de Cooperación (militar, tecnológico, cultural y científico) con los Estados Unidos⁹, sin perder de vista el mantenimiento del Iberismo histórico¹⁰ (Pacto

política mediterránea de Franco”, en *Mediterranean Historical Review*, vol. 16, nº2, 2001, pp. 45-68.

⁹ CHAVKIN, S, et Alí: *Spain: Implications for United States Foreign Policy*, Found for New Priorities in America, Greylock Publishers, Stamford, 1976.

¹⁰ HUGUET, M.: “El Iberismo en la cuestión peninsular” en *Historia comparada de España y Portugal*. (coord. Antonio Morales Moya, Ramón Villares),

Peninsular), constituyen los ejes, en absoluto renovados, sobre los que pivotará lo fundamental de la acción exterior española en el inicio de la década de los años setenta. La gestión de López Bravo mantuvo activo el interés abierto en la etapa Castiella por dar mayor peso a las cuestiones económicas y técnicas, dejando un tanto escorada la dimensión clásica del prestigio. Con respecto al mundo árabe, López Bravo inició la política española de reconocimiento a la causa palestina y el respaldo a Yaser Arafat. Se autorizó a la Liga Árabe a abrir una oficina de información diplomática en Madrid. En 1970 el Ministro viajó a Egipto con el fin de reafirmar la tradicional actitud de amistad de España con el mundo árabe. Gracias al apoyo de Egipto y de Marruecos, López Bravo consiguió abortar el intento de la OUA (Organización de la Unidad Africana) de proponer un proceso de descolonización para las Islas Canarias. La gestión de López Bravo fue propicia al desarrollo de contactos diplomáticos de alto nivel. En este orden de cosas cursó visitas frecuentes a Marruecos y Mauritania. Sensible además a la necesidad de abrir relaciones al menos de tipo consular con Israel, consiguió contrarrestar en alguna medida el antijudaísmo acérrimo del régimen¹¹, lastrado por la visión extremadamente proárabe de Franco y sobre todo de Carrero Blanco. Con todo, y pese a la interesante *entente* entre España y el Mundo Árabe, durante toda esta etapa el despliegue diplomático español en la zona tuvo la debilidad de las iniciativas estrictamente personales.

1. Pequeños viejos imperios.

Sin embargo, la descolonización no afectó exclusivamente a las antiguas posesiones de las grandes potencias. Pequeños *imperios* que en otro tiempo fueran grandes potencias coloniales, seguían controlando administrativamente regiones del planeta que aspiraban a su autodeterminación. Entre ellos, España y Portugal, los más antiguos pero los más débiles durante la etapa del reparto colonial del último tercio del siglo XIX, solo tuvieron la opción de hacer uso del realismo político y en consecuencia poner en marcha con mayor o menor fortuna los procesos de descolonización de sus posesiones.

Durante los años sesenta, España dio los primeros pasos en esta dirección. Siguiendo una práctica tardía y absolutamente descontextualizada, en 1958 España había intentado integrar definitivamente en la administración peninsular, en calidad de provincias, a los territorios africanos que aún poseía: Guinea Ecuatorial, Ifni y Sahara Occidental. Pero se trataba de una iniciativa

Universidad Carlos III de Madrid. Cátedra de Estudios hispano-portugueses, Madrid, 2005 (en prensa).

¹¹ BEN AMI, S.: "Spain alter Franco, Israel and the Jews", *Gesher*, nº 86, 1976.

carente de oportunidad política, de modo que en el inicio de la siguiente década, se optó por poner en marcha un proceso descolonizador, que en realidad resultó precipitado y sin programa. Guinea Ecuatorial fue provincia española entre 1958 y 1963 y, hasta que en 1968 adquirió su independencia, gozó de un régimen de autonomía. Durante una década aproximadamente, entre 1968 y 1979, Francisco Macías estuvo al frente de la presidencia de la nueva república. Precedente más certero y mejor rentabilizado por la propaganda del régimen franquista fue la cesión de independencia al Protectorado de Marruecos que en 1956 pasó a constituir una unidad con el francés, el Reino magrebí. En 1958 Marruecos reclamó Ifni, pero la negativa española a ceder a Marruecos el territorio abrió paso a una guerra, que fue breve y dejó escasa memoria histórica en la sociedad española actual. En 1969, por el Tratado de Fez, Ifni entraba a formar parte del Reino de Marruecos.

El último de los episodios de la descolonización española fue la apertura del proceso de *autodeterminación* del Sahara Occidental. En el tramo final de la agonía franquista, la cuestión del Sahara fue liquidada con una rapidez inusitada así como con una inquietante ausencia de responsabilidad por parte de las autoridades españolas. Entre los meses de octubre y noviembre, Hassán II envió a trescientos mil civiles marroquíes desarmados al Sahara Español con el fin de reivindicar la soberanía sobre el mismo, episodio que sería conocido como la *Marcha Verde*. Impotente, el ejército español no pudo atacar a la multitud ni contrarrestar su avance. Hassán II ordenó detener la Marcha y España, ignorando las reclamaciones del movimiento nacionalista saharauí defendidas por el *Frente Polisario*, acordó la descolonización de su franja del Sahara. Según los Acuerdos de Madrid de noviembre de 1975, firmados por España, Marruecos y Mauritania, que amparaba la causa de la independencia del pueblo saharauí, España hizo cesión de la soberanía sobre el Sáhara a ambos Estados norteafricanos. Pero en 1976 el Frente Polisario proclamó unilateralmente la constitución de un Estado independiente, la República Árabe del Sahara, iniciativa que condujo a una guerra con Marruecos. Mauritania abandonaba su parte de control de la soberanía del Sahara en 1979.

En 1975, las portuguesas fueron el último conjunto de colonias que accedieron a la independencia. A mediados de la década de los años setenta Portugal, sometida aún a un régimen de corte autoritario heredero del salazarismo, consideraba a sus colonias como provincias de ultramar. Los movimientos nacionalistas de liberación se habían manifestado en las colonias con diferente intensidad que incluía la lucha revolucionaria en algunos casos. Pese al no reconocimiento portugués, Guinea-Bissau proclamó su independencia en 1973. La *revolución* militar de los *claveles* en abril de 1974, uno de cuyos factores fue sin duda la caduca relación colonial de Portugal con sus territorios de ultramar, aceleró los procesos de independencia. Después del reconocimiento metropolitano de la independencia de Guinea, se produjo, también en 1975, el de las repúblicas de Cabo Verde, Santo

Tomé y Príncipe. El líder africano Samora Machel lideró el proceso en Mozambique, convirtiéndose el *FRELIMO* en un movimiento nacionalista de enorme influencia en aquel momento. En Angola, también independiente en 1975, el proceso fue mucho más complejo, ya que se abrió una guerra interna a la que no fueron ajenas las fuerzas internacionales. Las gravosas guerras de independencia libradas en las colonias africanas de Angola y Mozambique, que las autoridades civiles habían querido proseguir a toda costa y que los jefes y oficiales militares consideraban irremisiblemente perdidas, ahondaron la distancia entre la dictadura y el ejército, provocando una ruptura que se saldó con la creación del Movimiento de las Fuerzas Armadas que, dirigido por oficiales jóvenes de Portugal, derrocó a la dictadura portuguesa encabezada por el doctor Marcelo Caetano.

En 1973, con Carrero Blanco al frente de la Presidencia del Gobierno, ocupó la cartera de Asuntos Exteriores Laureano López Rodó. Hombre fiel a Carrero y principal responsable de los Planes de Desarrollo, su gestión en el Ministerio duró solamente seis meses, hasta la muerte en atentado de Carrero. Durante ese tiempo sin embargo su gestión fue intensa, ocupándose de la renovación de los pactos con los Estados Unidos, de la revisión del Concordato con la Santa Sede y de los intensos problemas en los caladeros de pesca marroquíes. Lo cual no fue óbice para que la política exterior de España, firmemente inspirada por la concepción continuista de Carrero, siguiese nutriéndose de la retórica del primer franquismo, en defensa la amistad con los pueblos árabes y el apoyo a las *causas justas*. Fueron años de cambios frecuentes. A López Rodó le siguió en el cargo Cortina Mauri, con Carlos Arias Navarro en la Presidencia del Gobierno. La involución internacional de España, volcada hacia el repliegue, fue manifiesta durante el último año del régimen. En un clima de declive del sistema – la ley antiterrorista de 26 de agosto de 1975 suprimía los artículos 15 y 18 del Fuero de los Españoles y el régimen dictaba once penas de muerte por actividades terroristas de las cuales cinco fueron ejecutadas el 27 de septiembre- en el que no faltó siquiera el conflicto con el Vaticano o el inquietante referente de la Revolución de los Claveles en Portugal (25 de abril de 1974), las condenas y protestas internacionales hacia el régimen fueron virulentas. El estallido de la crisis del Sahara fue sin duda la puntilla que terminó de rematar al sistema enfermo.

No obstante, en su discurso a las Naciones Unidas, el 3 de octubre de 1974, Cortina Mauri reiteraba su apoyo a la distensión mundial, atacaba la política de bloques alegando que se hacía a expensas de la libertad, la independencia y la seguridad de los demás, y señalaba que la distensión y la coexistencia obligaban, entre otras cosas, a resolver la conflictividad del Mediterráneo, porque la seguridad en Europa vendría de la mano de la seguridad en la Cuenca. El interés español en la Conferencia de Helsinki se acentuó a fin de evitar el aislamiento con respecto a los Estados de la Comunidad Europea. La cooperación con otros países del área mediterránea proporcionó a España la confianza e

independencia que tan largamente había buscado, tras el fracaso de su política de integración directa en Europa. El eje de seguridad norte-sur que comenzaba a perfilarse desde el Mediterráneo propició este proceso. La tesis española defendía que la distensión este-oeste no debía llevar aparejado un incremento de la inestabilidad en la periferia del sistema. Una moción presentada por España permitió que varios Estados Árabes pudiesen tomar la palabra en Helsinki. A partir de 1973 se incorporó de forma preferente el tema de Gibraltar. Sin embargo, la delegación española trabajó con el objetivo de que la Conferencia atendiese los intereses de los países ribereños. Apoyó las reivindicaciones yugoslavas y maltesas, que denunciaban el traslado del centro de gravedad de las disputas internacionales al mar Mediterráneo. Pero por lo que se refiere a la postura oficial con respecto a los diferentes *cestos* del Acta Final, España se situó más cerca de las tesis soviéticas que de las occidentales, al apoyar el mantenimiento del *statu quo*. Obviamente, defendía el derecho de cada país a su propio desarrollo interno y a no permitir la injerencia en él de ningún otro país u organización. Pero, como los países occidentales, se mostraba partidario de incrementar las relaciones multilaterales. En la cuestión de las fronteras apoyaba los principios de la inviolabilidad e inmunidad territorial, si bien consideraba posibles las transformaciones fronterizas, siempre haciendo uso de métodos pacíficos. Es evidente que España estaba dispuesta a congelar el mapa de Europa con excepción de la Roca. España apoyaba la reducción de tropas en Europa Central, aunque advertía del riesgo de que el centro de gravedad de las tensiones se trasladase al Mediterráneo. Se aceptaba la apertura Este-Oeste para la colaboración en temas tales como la emigración, el turismo o la contaminación ambiental, pero no para la libre circulación de pensamiento. Un conjunto de gestos indicaba el giro sustancial de España hacia la internacionalidad. El 30 de junio de 1975 el presidente del Gobierno Español, Arias Navarro, tomó parte en la Cumbre de Jefes de Estado en Helsinki. Ciertamente, la primicia del hecho fue bien aprovechada por la propaganda interna. Finalmente, el 3 de junio de 1975 el Príncipe Don Juan Carlos fue objeto de atención protocolaria por parte del presidente finlandés Urko Kekkonen. En su discurso, el futuro Rey de España enfatizaba la importancia de la cumbre, pero sobre todo hacía hincapié en el balance positivo que la CSCE había tenido para la Política Exterior de España. Pasado el tiempo pudo percibirse que la actuación de España en la CSCE fue un indudable éxito de la diplomacia española, si bien dejó traslucir también la inadecuación de las políticas interna y externa, así como la carencia de un bagaje internacional sólido.

La crisis del petróleo no fue ajena al efecto del contexto internacional sobre la posición exterior de España. En 1973 los árabes decretaron un embargo de petróleo contra los Estados Unidos y Holanda, no pudiendo, no obstante, evitar que las compañías proporcionasen petróleo a estos dos países. España no gozó de un precio especial para el carburante ni se le compraron buques, tal como se había sugerido, si bien es cierto que no tuvo que padecer las restricciones de suministro de otros países

europeos. Es preciso recordar que las dos terceras partes del consumo de energía en España habían de soportarse por medio de las importaciones de petróleo, el 80% de las cuales se hacían a Arabia Saudí. Esta situación dejaba al país en una situación de debilidad. El intercambio comercial de España con los países árabes representaba un volumen bastante aceptable a mediados de la década, en conjunto cerca del 20% del total de las importaciones –esencialmente petróleo– siendo Arabia Saudita el principal suministrador de crudo. Las tasas de crecimiento anual del comercio con los árabes fueron de un 20% a partir de 1974. Los árabes presionaron también a España con un boicot petrolífero en el caso de cualquier acción española que reforzase las políticas occidentales que amenazaban con ocupar los pozos de petróleo, o bien si España cumplía con el objetivo pendiente de reconocer el Estado de Israel. Obviamente el español no era un caso aislado. La mentalidad occidental antiárabe obtenía sus argumentos de las crisis sociopolíticas del Próximo Oriente, de la crítica antioccidental y de la revolución iraní. Pero, resultaba más que evidente que pese a todo, España se empeñó en mantener su tradicional política pro árabe. De hecho, se propuso un plan de incremento de sus relaciones económicas con todos los países árabes de la Cuenca. Y realizará una política de defensa de los intereses ribereños, de neutralización de la Cuenca ante la ONU y la CSCE, como hemos visto, reactivando las relaciones bilaterales con los países del área. El cauce de los nexos histórico-culturales entre el mundo árabe y la Península Ibérica, servirá para tener momentáneamente apoyos en la crisis saharauí de 1974, frente a Marruecos y se traducirá en la oferta de apoyo a la OLP en el seno de la Asamblea General de la ONU (resoluciones 3236 y 3237 de la Asamblea General relativas al derecho de autodeterminación del pueblo palestino y de la concesión de estatuto de observador a la OLP). España que aún no mantenía relaciones con Israel, se sumó a las condenas de la ONU. Pero la tradicional política pro árabe española¹², lastrada por sus malas relaciones con Marruecos y por el tema del Sahara Occidental, así como las reivindicaciones de Rabat sobre Ceuta y Melilla, sufrirá un duro revés en 1975 con motivo de la Marcha Verde. Los países árabes se alinearon con Marruecos, en buena medida por su oposición a Argelia, aunque en el caso de Libia se advertían aspiraciones propias. A finales de 1975 la opinión pública española –tanto la izquierda europeísta como la derecha agonizante– era antiárabe. El arabismo se sostenía por tres tipos de razones bien distintas aunque complementarias. En primer lugar, por el forzoso mantenimiento de directrices políticas de amplio recorrido histórico. En segundo, por el hábito de la retórica mediterraneísta concebida bajo el franquismo. Finalmente, por el pragmatismo que llevaba a valorar este área como vital en plena crisis del petróleo.

¹² MORÁN, F.: *España y el mundo árabe*, Instituto de Cooperación Internacional, Madrid, 1978.

Los primeros Gobiernos de la Monarquía –Arias Navarro y Suárez– adoptaron una posición internacional tendente a la normalización y la universalización de las relaciones exteriores de España, en la que la tradicional política mediterraneísta y pro árabe ocupó un no despreciable lugar, seguramente también por la coincidencia con una coyuntura muy concreta, la de la crisis internacional. Primero José M^a de Areilza y después Marcelino Oreja, ambos ministros tuvieron en sus manos la difícil tarea de hacer posible, en términos diplomáticos y políticos, la adecuación de España al contexto mundial de la época. Apoyados en un esfuerzo de largo recorrido desde la época de Castiella, trabajaron con dedicación para soslayar las enormes resistencias internas al cambio aún presentes en la sociedad española, sobre todo entre determinados grupos financieros. De entre todas las aperturas posibles, las relativas a México y a la URSS y la normalización de relaciones con Israel sin deteriorar el ámbito de relaciones históricas con el Mundo Árabe fueron tal vez las más difíciles.

El Magreb: el fracaso de la estrategia de la compensación. Tras la descolonización del área España instaaura una política con respecto al Magreb¹³ que tiende a equilibrar o compensar sus acciones con los países de la región, sin tener en cuenta, como hubiera sido deseable, algún tipo de perfil o estrategia de visión más amplia. La política española en la región, atiende al planteamiento de un cierto equilibrio que evite la consolidación de un Marruecos¹⁴ extenso, bien sea a costa de la joven Mauritania o de sus tensiones con Argelia (guerra de fronteras de 1963). Esta postura se fundamenta en algo tan simple como es el reconocimiento de las tensiones y rivalidades en la región y el interés, en connivencia con la política relativa al Mediterráneo que interesaba a las potencias atlánticas, por no contribuir a la desestabilización de la zona. Sin embargo, las relaciones de España con el Magreb¹⁵ han sido por fuerza complejas: no era sencillo administrar el famoso equilibrio porque, a las diferencias históricas entre Marruecos, Argelia, Túnez, Mauritania, Libia y el Polisario, y las

¹³ BALTA, P.: *El gran magreb. Desde la independencia hasta el año 2000*, Madrid, S. XXI, 1994. HERMASSI, E.: *Etat et Société au Maghreb*, París, Éditions Anthropos, 1975. ISNARD, H.: *El Magreb*, Barcelona, Editorial Ariel, 1979. JULIEN, CH.: *L'Afrique du Nord en marche*, París, René Julliard, 1972. LAROUÏ, A.: *L'histoire du Maghreb, un essai de synthèse*, París, Maspero, 1970. *Historia del Magreb*, Madrid, Mapfre, 1994.

¹⁴ SERNA, A. de la.: *Al sur de Tarifa, Marruecos-España: un malentendido histórico*, Madrid, Marcial Pons, 2001.

¹⁵ MARQUINA, A.: "Las relaciones de España con los Estados del Magreb, 1975-1986", en TUSELL, J.; AVILES.; PARDO, R. (Eds): *La política exterior de España en el siglo XX*, UNED, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 511-546. LARRAMENDI, M. H, y NÚÑEZ, J. A.: *La política exterior y de cooperación de España en el Magreb, 1982-1995*, Madrid, La Catarata, 1999. VILAR, J. B. y LOURIDO, R: *Relaciones entre España y el Magreb*, Madrid, Mapfre, 1994. LÓPEZ GARCÍA, B. et Alii: *España-Magreb, siglo XXI*, Madrid, Mapfre, 1992.

cuestiones de Ceuta y Melilla, se sumaba el interés marroquí y argelino por incorporar a las Islas Canarias en los contenciosos con España (en 1976 Argelia permitió que el líder canario extremista Antonio Cubillo retransmitiera desde Argelia sus emisiones en favor de la independencia canaria), sin mencionar el irredentismo español relativo a Gibraltar. El sistema de alianzas y contrapesos fracasó abiertamente cuando fue incapaz de contener la crisis saharáui de 1975. Para terminar de comprender la política regional española en el Magreb es imprescindible recordar el vínculo del régimen con los Estados Unidos. En 1967, y en virtud del acuerdo de 1953 que permitía a la aviación estadounidense hacer uso de las bases establecidas en España, los Estados Unidos habían prestado ayuda a Israel atacando desde dichas bases algunos blancos en países árabes.

En general, puede apreciarse la carencia de una política bien diseñada a lo largo de la historia de las relaciones hispano-magrebíes¹⁶. Durante el régimen franquista la posición de España con respecto al norte de África tuvo como objetivo lograr la aceptación en el ámbito de las democracias liberales. El peligro que sobrevenía de los afanes expansionistas y reivindicativos por parte de Marruecos sobrevolaba de forma constante en la política de equilibrio que España pretendía llevar adelante en la región, manteniendo unas directrices de buen entendimiento –nunca se profundizó en estas relaciones– con Argelia y Mauritania. El nacionalismo marroquí, síntesis de tradición y de reivindicación social, formado primero contra Francia, fue teniendo poco a poco a España en el punto de mira. España, por su parte, se encontró –en el tramo final del franquismo– sola frente a un Marruecos bien arropado por la comunidad internacional. La tónica habitual de las relaciones hispano-marroquíes fue la de los contenciosos. De hecho, nunca había existido una política seria de colaboración entre España y Marruecos. La cercanía histórica del protectorado español levantaba recelos en la monarquía alauita. Además, permanecían abiertas las diferencias en torno a temas territoriales, de entre los cuales el más importante se refería a las diferencias sobre la zona Sur, Ifni, peñones y sobre todo, las plazas de soberanía, siempre presentes en la política marroquí, asunto este formalizado en Naciones Unidas en 1975 al hilo del estallido de la cuestión saharáui. En los años setenta España carecía de una política regional global, mientras que Marruecos encontró apoyo entre los países árabes y también en algunos ámbitos occidentales, tremendamente reacios a la España franquista.

No obstante la constante de los contenciosos, se dieron momentos de acercamiento indudable entre España y Marruecos. Así, en 1956,

¹⁶ GILLESPIE, R.: “España y el Magreb: una vía posible de política regional”, en GILLESPIE, R.; RODRIGO, F., y STORY, J. (Eds): *Las relaciones exteriores de la España democrática*, Madrid, Alianza, 1995, pp. 210-232. *Actas del II Coloquio Hispano-Marroquí de Ciencias Históricas*, Granada, 6-10 noviembre, 1989, Instituto de Cooperación con el Mundo árabe, 1992.

recién independizado Marruecos, se firmó un conjunto de acuerdos de cooperación en materia administrativa, judicial y cultural. En plena distensión entre ambos países, en 1963 nace el denominado *espíritu de Barajas*, expresión del excelente entendimiento entre Hasan II y Franco que se materializa en una entrevista entre ambos en el aeropuerto de la capital española. La retrocesión de Ifni en 1969 constituye el momento culminante dentro de la relativa distensión entre los Estados. En 1971 el Acuerdo de Fez establecía una amplia posibilidad de proyectos comunes que quedaron en nada. Aún así y aunque fragmentados y faltos de una organización global, los intereses del capitalismo español permanecieron activos de alguna manera en Marruecos por medio del establecimiento de acuerdos comerciales con los grupos de presión local. Los bancos españoles se habían integrado en la banca nacional marroquí, logrando sobrevivir así a los primeros efectos de la descolonización, si bien, la marroquización progresiva del país terminó por debilitar la fuerza de la presencia española que, en los años setenta, era ciertamente mínima. La firma de acuerdos entre Rabat y Madrid para el impulso de actividades comerciales conjuntas, tales como el CIT, un acuerdo sobre transportes combinados, no llegaría a dar fruto, al igual que otros proyectos de cooperación industrial como los vinculados con la explotación de fosfatos. De igual manera, a lo largo de la década se vivieron fuertes tensiones derivadas de la competencia en la distribución en Europa de productos alimentarios como los cítricos. Hacia 1972 España no había logrado solucionar algunas cuestiones prácticas derivadas de la independencia, de naturaleza compleja como por ejemplo la propiedad de inmuebles por parte del Estado español en territorio marroquí, produciéndose con ello tensiones que no favorecieron la resolución de contenciosos más serios y amplios como el de la pesca¹⁷.

Tradicionalmente, las flotas pesqueras españolas del sur de la Península y de Canarias –embarcaciones de pequeño tonelaje– habían faenado en aguas marroquíes y mauritanas. La riqueza pesquera de la zona había sido utilizada en algunos momentos por el gobierno de Marruecos para obtener de los países interesados en ellas ventajas de carácter económico y político. Ya a comienzos de los años setenta Marruecos establece cláusulas de pesca de difícil cumplimiento por parte de los países dependientes del uso de sus bancos para el mantenimiento de la flota pesquera. Así, comenzó a generalizarse el argumento de la preservación de la riqueza de fauna marina para hacer frente a ciertas irregularidades en la práctica pesquera. El reino alauita amplía el límite de sus aguas jurisdiccionales desde las 12 millas hasta las 70, rompiendo con ello lo acordado en el tratado de Fez, firmado el 4 de marzo de 1969. Ciertamente, ni los pesqueros españoles ni los marroquíes respetaban el acuerdo de las 12 millas. Todos seguían faenando sin respeto a las normas y pagando las multas pertinentes,

¹⁷ *El problema de la industria pesquera en Ceuta (1963-1975)*, Col Estudios Geográficos, Ceuta, Instituto de Estudios Ceuties, 1977.

bien compensadas con el beneficio de las capturas. Las incautaciones de barcos españoles –mediante la práctica continuada de abordajes y arrestos- provocaron momentos de tensión que se intentaron solventar mediante una política de acuerdos bilaterales tan mal planteada como resuelta, porque en ella se confundían con las pesqueras cuestiones de política territorial vinculadas a Ceuta y Melilla. En 1973 se establece una extensión de las aguas territoriales marroquíes que España considera excesiva porque afecta por ejemplo a la demarcación de las exploraciones petrolíferas en las islas Canarias. En la Declaración de Madrid de 14 de noviembre de 1975, referente a la cuestión del Sahara, quedan incluidos también acuerdos sobre derechos de pesca que, al igual que los acuerdos de 1977, serán sistemáticamente incumplidos.

Pero si un asunto ha lastrado históricamente las relaciones hispano-marroquíes este ha sido sin duda el de la reivindicación de Marruecos sobre Ceuta y Melilla¹⁸, aspiraciones nacionalistas, latentes hasta 1975, que se ampliaban a las Chafarinas y los peñones. El Istiqlal revitalizó la reivindicación de Ceuta y Melilla en aras de construir el Gran Marruecos. La reclamación de la soberanía de las ciudades españolas se extendió de forma unánime en Marruecos, al tiempo que la Corona alauita administraba a conveniencia la tensión sociopolítica interna y las presiones sobre España. Una forma de dilatar la tensión, manteniéndola viva, fue asociar la recuperación de las ciudades a la devolución de Gibraltar a España por parte de los británicos. En 1975 la crisis vinculada al Sahara arrastra el contencioso territorial al completo. En carta de su representante permanente ante las Naciones Unidas dirigida al presidente del Comité de Descolonización, Rabat reivindicaba la inclusión de Ceuta y Melilla en el proceso descolonizador. Aunque el Comité no se hizo eco de la reivindicación y la respuesta española, fundamentada en argumentos jurídicos e históricos –Ceuta y Melilla había sido parte de la Corona de Castilla antes de que se formase la nación marroquí y, si bien separadas geográficamente de la Península, son culturalmente territorios españoles- gozó de una amplia credibilidad internacional, lo cierto es que Marruecos, en la idea de que –como en el caso del Sahara- España declinaría arriesgar para defender las posiciones en los territorios, consiguió vincular una cuestión de irredentismo nacional al panorama global de las independencias. A lo largo de aquel año de 1975 y en paralelo a la campaña reivindicativa sobre el Sahara, Rabat reiteró de manera formal sus peticiones ante la Liga Árabe y en la reunión de los Países No Alineados (Lima). Algo a tener presente, por lo que se refiere a la actitud histórica de España con respecto a las Plazas, es que se mantuvo siempre una posición defensiva de naturaleza militar que

¹⁸ REZETTE, R.: *Los enclaves españoles en Marruecos*, Paris, Nouvelles Editions Latines, 1976. LAZRAK, R. : *Le contentieux territorial entre le Maroc et l'Espagne*, Casablanca, Dar el-Kitab, 1974.

hacia de la frontera un cerco de aislamiento con respecto a la región marroquí en la que estaban enclavadas, cuando la población musulmana de ambas ciudades se situaba entre un 20% y un 30%. Algún proyecto, como el de una mancomunidad entre los puertos de Melilla y el de Beni Enzar (1976) o la participación española en la siderurgia de Nador expresaban una común actitud liberalizadora que, pese a todo, no llegaría a materializarse en nada concreto.

Por lo que refiere a los flujos de población entre España y Marruecos y las dificultades que interpone Europa a principios de los años setenta a la inmigración, dificultades de tipo fronterizo especialmente, afectan también al arranque de la colonia en España que, habiendo nacido con la independencia marroquí, sigue siendo una colonia muy pequeña. El cierre europeo sin embargo comenzó a producir entre 1973 y 1975 bolsas en las fronteras española, en la Junquera y en Orán. Los consulados de Madrid y sobre todo de Barcelona, en el que se inscriben también los marroquíes de la zona del País Vasco, ponen en evidencia hasta qué punto se consolidan estos primeros asentamientos en España. Estas colonias de marroquíes se irían moviendo progresivamente hacia el interior de la Península. La presencia de españoles en el Magreb¹⁹, fue siempre relativamente débil hasta los años setenta. A comienzos de los sesenta vivían en Marruecos 80 mil españoles y 300 mil en la zona de Orán.

Argelia y Marruecos han desempeñado un papel interesante pero desigual en la actividad española en el Magreb. Las relaciones históricas hispano-argelinas han sido igualmente delicadas²⁰. En tiempos de la autodeterminación y en relación a la guerra de liberación argelina, la diplomacia española siguió la pauta de independencia de criterio con respecto a Francia. La aproximación a la nueva Argelia respondía a un intento de buscar el equilibrio en la región, evitando la expansión desmedida del nacionalismo marroquí. Aún así, durante la última fase de la guerra se materializaron algunas iniciativas confusas en relación con la cuestión. Sectores de la derecha española apoyaron a los rebeldes contra De Gaulle y a los activistas de la OAS en España, que se convierte en un refugio cómodo para miembros de la organización y demás partidarios del mantenimiento de una Argelia francesa. Por medio de la acción diplomática de la embajada en Túnez se elaboró una relación benevolente con el Gobierno provisional argelino (GPRA), y en España, contactos con el FLN. Madrid colabora en el intento de evitar la salida del Oranesado y Argel de los *pièds noirs* de origen español. Hacia 1968, el buen entendimiento entre Castiella y Buteflika produce la falsa sensación de un estrechamiento en la colaboración hispano-argelina. La

¹⁹ BONMATTI, J. F.: *Espanoles en el Magreb, siglos XIX y XX.*, Madrid, Ed. Mapfre, 1992.

²⁰ VILAR, J.B.: *España en Argelia, Túnez, Ifni y Sahara durante el siglo XIX*, Madrid, Instituto de Estudios Africanos, 1970.

cuestión del Sahara planea ya como una de las bases de la relación. Sin embargo, entre 1968 y 1970 Argelia, Marruecos y Mauritania (reunión de Nouadhibou) expresan una voluntad común de favorecer un proceso de autodeterminación para el Sahara²¹ que, sin embargo, se ve lastrada por el empeño hispano-marroquí de ver la cuestión desde una perspectiva puramente bilateral. Pero la esencia de las relaciones de España con Argelia se ha sustentado en realidad en el comercio de la energía. El vínculo fundamentado en la importación y exportación de petróleo y gas se vio deteriorado tras el Acuerdo Tripartito de 1975. Pese al acuerdo sobre gas firmado en 1975, España, que no podía pagar el precio estipulado, intentó sin éxito negociar a la baja. Los argelinos además reaccionaron con hostilidad política hacia el Acuerdo Tripartito, lo cual condujo a la retirada de embajadores entre 1977 y 1978. El asunto del gas terminó por resolverse cuando España cedió ante el precio, pudiendo, a cambio negociar la entrega de los futuros suministros y las indemnizaciones exigidas por Argelia. En definitiva, la complicación de las relaciones con Argelia fue una constante en la política magrebí de España durante el último periodo del franquismo y la primera fase de la democracia. Por lo que a Mauritania se refiere, España siempre ha considerado que se trataba de un estado débil, pequeño y sin recursos, pero impulsado por un nacionalismo joven y ansioso por alejarse de la esfera francesa, para el que España, en el tránsito hacia la democracia, podía desempeñar el papel de nuevo referente en su política exterior. Mauritania no contaba, sin embargo con la estrechez de miras de la acción internacional de España, que contemplaba la región en el ánimo de que la comunidad internacional fuese la responsable de solucionar los problemas planteados por una salida tardía y deficiente de la antigua potencia colonial. Para España Mauritania existía solamente en función del problema saharauí. Mauritania precisaba de un espacio, no colonial, que la alejase geográficamente hablando de Marruecos. Así, el interés español en las relaciones con Mauritania estaba relacionado directamente con el contencioso entre él y Marruecos por el reparto del Sahara. Aunque Mauritania había jugado siempre a favor de la autodeterminación del Sahara, lo cierto es que en la última fase del proceso que condujo a la crisis de 1975 hizo un planteamiento territorial, viendo favorablemente la admisión de Argelia como parte interesada. Hasta 1973 la situación de Mauritania, sometida a la influencia de Marruecos, había puesto al país en situación de aceptar la creación de un futuro Estado Saharaui que pudiese reforzar el alejamiento marroquí. Pero durante los dos años siguientes Mauritania se alinea con las posiciones más belicasas implicándose en una guerra de desgaste que el Gobierno de Ould Daddah difícilmente va a poder mantener. En 1978, el Estado Mauritano, a cuyo frente Moustapha Ould Salek ha protagonizado un golpe contra el Gobierno anterior, adopta una posición de paz con la ayuda de Francia, en un intento de frenar las presiones de las tropas de

²¹ LAROU, A. : *l'Algerie et le Sahara marocain*, Serar, Casablanca, 1976.

ocupación marroquíes y del Polisario. Saharahuis y mauritanos comenzarán las negociaciones en París y Bamako. Sin embargo, no fue hasta mediados de 1979 cuando se avanzó realmente hacia la paz.

La crisis saharauí. La del Sahara Occidental es una crisis que tiene que ver con la última fase de un largo proceso de descolonización²². En 1956 Marruecos proclamó como parte integrante de su país los territorios de Mauritania, Ifni y el Sahara Occidental. España, adopta una política de provincialización²³. Madrid intentó aplazar la aplicación de las resoluciones de la ONU (1960) sobre colonias y territorios no-autónomos, que afectaba al Sahara Occidental, un territorio rico en fosfatos. Pero en 1965 la ONU aprueba la primera resolución sobre el Sahara, en la que pide a España que celebre el proceso de descolonización. En 1970, sendas manifestaciones, de españoles y de nacionalistas, se enfrentan en El Aaiun. En 1973 nace el Frente Polisario y en mayo de 1975 una misión de la ONU visita la zona y hace público un informe en el que se reconoce el principio de autodeterminación del pueblo saharauí. En 1975 Hassan II organizó la Marcha Verde para respaldar la anexión del Sáhara Occidental al reino de Marruecos, forzando la salida de España de la zona. La diplomacia evita el enfrentamiento militar y la ONU condena la invasión. España abandona definitivamente el Sahara en 1976 pero incumple la resolución de la ONU en la que se insta a España a realizar un referéndum. Nace la República Árabe Saharaui Democrática (RASD) en 1976. Marruecos no reconoce al RASD. Mauritania y Argelia sí. A comienzos de los '80 España firma acuerdos de pesca con Marruecos que afectan a las aguas del Sahara occidental, lo que es considerado por el Polisario como una clara agresión. Tras los acuerdos de Madrid de noviembre de 1975, que reconocen la celebración de un referéndum de autodeterminación, se abre un conflicto irresoluto a varias bandas,

²² CRIADO, R.: *Sahara: Pasión y muerte de un sueño colonial*, París, Ruedo Ibérico, 1977. DÍAZ DEL RIBERO, F.L.: *El Sahara occidental. Pasado y presente*, Madrid, Gisa Ediciones, 1975. DIEGO, J.R.: *Historia del Sahara español. La verdad de una tradición*, Madrid, Kaydeda, Ediciones, 1988. MAESTRE ALFONSO, J.: *El Sahara en la crisis de Marruecos y España*, Madrid, 1975. PINIÉS, J. de: *La descolonización del Sahara*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991. PRICE, D.L.: *Conflict in the Maghreb. The Western Sahara*, London, Institute for the Study of Conflict, 1981. REZETTE, R.: *Le Sahara Occidental et les frontières marocains*, Paris, Nouvelles Editions Latines, 1975. VILAR, J. B.: *El Sahara español: Historia de una aventura colonial*, Madrid, 1977. VILAR, J. B.: *El proceso de autodeterminación del Sahara*, Valencia, Fernando Torres, 1982.

²³ *Boletín Especial de Información (1947.1973)*, Dirección General de Marruecos y Colonias, Presidencia del Gobierno, España. *Boletín Especial de Información (1956.1973)*, Dirección General de Marruecos y Colonias, Presidencia del Gobierno, España.

durante el cual se enfrentarán el ejército Marroquí y el Polisario, sin que se vea posible una salida negociada.

Los procesos de independencia o autodeterminación de los antiguos territorios de la administración colonial dieron lugar en la década de los años sesenta al nacimiento de un cuerpo de doctrina jurídico-internacional, admitido por la práctica totalidad de los Estados que, por medio de actuaciones de signo unilateral, bilateral o multilateral, permiten el reconocimiento de la independencia de los nuevos Estados. En este ámbito se inscribe la Resolución 1514 (XV) de 1960 de Naciones Unidas que considera la sujeción de los pueblos a un Gobierno ajeno como una situación que compromete la causa de la paz y de la estabilidad, establece el derecho a la libre determinación e impide que se alegue, para el no cumplimiento del principio, el retraso cultural de un pueblo y considera incompatible con los propósitos y fines de la Carta el quebrantamiento total o parcial de la integridad territorial de un país. En 1960 España se abstuvo de votar la Resolución, si bien aceptó el principio de transmitir información sobre Sahara, Ifni y Guinea, actitud que cumplió entre 1960 y 1975. La política española –Castiella y López Bravo– buscaba frenar que los derroteros bilaterales hacia los que parecía decantarse la cuestión, de ahí que favoreciera la inclusión de Argelia y Mauritania como partes interesadas en el problema. En 1964 se había separado por vez primera los temas de Sahara e Ifni, produciéndose la retrocesión de esta, como es sabido, en 1969.

Para entender el problema del Sahara desde una perspectiva española es preciso ver que, carente de una política exterior global y en los estertores del franquismo, no existía en España una lectura unitaria de la cuestión. Para muchos, el Sahara era una región de interés económico (fosfatos) y militar cuyo mantenimiento resultaba altamente recomendable. La gestión de López Bravo, primero como Ministro de Industria y más tarde como responsable de Exteriores buscó una solución al problema del Sahara creando una empresa multinacional que explotase los fosfatos de Bu-Craa en la que participasen incluso los países en conflicto, véanse Mauritania y Marruecos. La cooperación económica parecía un buen recurso para apaciguar el conflicto. En 1970 Marruecos firmó con España un acuerdo aéreo y un protocolo financiero. La reunión de Nouakchott, también en 1970, logró un entendimiento entre España, Marruecos y Mauritania a fin de avanzar en materia de cooperación económica. En marzo de 1971 los contactos con Marruecos condujeron a la firma de una comisión intergubernamental permanente hispano-marroquí cuya finalidad era la de avanzar en la relación económica, cultural y científico-técnica. Otros, sin embargo, consideraban la zona como un territorio netamente español cuya soberanía no estaba en tela de juicio. Se trataba de la opción defendida por los sectores más tradicionales de la política nacional. Se constituyó un núcleo entorpecedor de la descolonización en torno a Carrero Blanco que, solo con su muerte (1973) llegaría a

disolverse. Finalmente había quienes, ansiosos por evacuar problemas dentro del maltrecho régimen y conscientes de la escasa rentabilidad del mantenimiento de la zona bajo la soberanía española, apostaban por internacionalizar la crisis otorgando a la ONU el derecho a decidir sobre el futuro de los pueblos saharauis. Este último punto de vista era el defendido por la diplomacia, y por el propio ministro Castiella. Al comienzo de los años setenta, el enfrentamiento interno de posturas bloqueó una salida negociada.

Por lo que se refiere a Marruecos²⁴, a principios de la década la situación interna es, desde el punto de vista sociopolítico, muy delicada. El rey ha establecido un gobierno personalista, apoyado en hombres fuertes como Oufkir y en un ejército francófilo. Así mismo, la de Hassan II es una monarquía de corte populista que encarna frente al pueblo la causa de la Gran Nación Marroquí²⁵ –véanse las tesis expansionistas del mapa del Gran Marruecos de Allal-el Farsi y del Istiqlal, adoptadas por el Trono. En 1971 se produjo un intento de magnicidio (Skirath) seguido, en 1972, por el ametrallamiento del avión del monarca sobre Tetuan. La Corona de Hassan II es débil, como lo son las instituciones del país. Tras los atentados, las Fuerzas Armadas, formada la oficialidad en el Ejército francés, son purgadas. La popularidad de la corona se fundamenta en que el Trono encarna el nacionalismo en la dimensión exterior de su política²⁶, pero las instituciones, sobre las que pesan serias sombras de corrupción, manifiestan una debilidad inadecuada para la estabilidad de la región, de manera que la comunidad internacional, especialmente Francia y Estados Unidos, juzgará oportuno sostener al rey. Las fuerzas políticas de oposición mantienen su apoyo al monarca en sus tesis nacionalistas a fin de no favorecer una involución militar.

La idea española de *provincializar* el Sahara no parecía en absoluto viable ya en la década de los años sesenta, de modo que, durante los años previos a la crisis de 1975 España trató la cuestión del Sahara desde la perspectiva de ir preparando el autogobierno de la zona, en el marco de las descolonizaciones. Desde la perspectiva española, se asume pues, a medida que se incrementa el clima imperialista marroquí, el derecho a la autodeterminación del pueblo saharahui y, en consecuencia, el derecho de consulta supervisada por las Naciones Unidas. En el caso de Marruecos, conviven durante los años sesenta dos tendencias opuestas. Si por un lado se perfila un afán de bilateralización del tema, por otro, a mediados de los sesenta, Rabat

²⁴ LUGAN, B.: *Histoire du Maroc. Des origines à nos jours*, Paris, Criterion, 1992.

²⁵ LAROUÏ, A.: *Les origines sociales et culturelles du nationalisme marocain*, Paris, Maspero, 1977.

²⁶ LARRAMENDI, M.H.: *La política exterior de Marruecos*, Madrid, Mapfre, 1997.

acepta formalmente la autodeterminación del Sahara (1966). No obstante, la proximidad del proceso de retrocesión del Sahara actuaría temporalmente en el sentido de forzar entre 1967 y 1968 las ansias imperiales sobre la región. Sin que Marruecos llegara nunca a abandonar el planteamiento territorial, en las reuniones de Tremecén, Casablanca y Nouadhibou (1970-1971) Argelia, Mauritania y Marruecos aceptarían el principio de autodeterminación.

Entre 1973 y 1974 el nacionalismo saharahuí se expresa con intensidad en Naciones Unidas. España decide la convocatoria de un referéndum aunque no fuerza su convocatoria, Marruecos promueve una campaña nacional e internacional contra la autodeterminación y Mauritania apoya la postura de un reparto. Argelia, por su parte, se mantiene fiel al criterio de autodeterminación, pero se retrae de cualquier colaboración estrecha con España. El hecho de que la Asamblea de Naciones Unidas no actuase con la contundencia esperada en relación con el problema deja preparada la crisis para su estallido. La resolución 3162 (XXVIII) de 30 de enero de 1974 insta a la celebración de un referéndum que España acepta y cuya fecha se fija para el primer semestre de 1975. En septiembre de 1974 el rey marroquí propuso el arbitraje del Tribunal Internacional de Justicia de La Haya para que este resolviera acerca de los lazos de los saharauis con el Reino de Marruecos. Los Estados Unidos aceptan la propuesta de Rabat y el representante de España en las Naciones Unidas, Jaime de Pinies, acusa recibo de la misma sin rechazarla. De esta manera, la Asamblea General, en diciembre de 1974, aprueba una resolución solicitando el dictamen del Tribunal Internacional de Justicia sobre el Sahara. En un dictamen de 16 de octubre de 1975 dicho Tribunal recomienda la autodeterminación del Sahara y rechaza los supuestos lazos de soberanía entre el Sahara, Marruecos y Mauritania. En 1974 se suceden algunos incidentes diplomáticos que deterioran la relación entre España y Libia en razón del afán de este último país por solicitar de España el fin del *Estado colonial* sobre el Sahara. Jordania, Arabia Saudí, Kuwait y otros emiratos se suman, a instancias marroquíes, al clima de hostilidad hacia España. La cuestión del Sahara incidirá cada vez más de forma negativa en las relaciones exteriores de España con los países árabes, poniendo en evidencia la naturaleza insustancial de la tradicional amistad hispano-árabe. La protesta oficial de las embajadas españolas en aquellos países no basta para acallar las protestas contra España.

Sin embargo, la situación se precipita. En el interior de España el régimen franquista periclita definitivamente al tiempo que la presión del Frente Polisario en el Sahara provoca en Madrid el deseo de desprenderse de un problema inconveniente en los delicados momentos finales del régimen. Así las cosas, siendo Cortina Mauri Ministro de Exteriores, y en carta al secretario general de Naciones Unidas, el embajador Pinies anuncia el aplazamiento del referéndum (27 de mayo de 1975). Esta declaración se sigue de otra del Consejo de Ministros

(Arias Navarro) en la que se expresa el deseo de abandono y del consiguiente despliegue diplomático marroquí durante el verano de aquel año. La justificación técnico jurídica que acompaña al cambio precipitado de la postura española descansa, como hemos dicho, en la aceptación previa de la Resolución de Naciones Unidas (3292, XXIX) de someter al Tribunal de Justicia Internacional una consulta acerca de si por lo que se refiere al Sahara existían o no vínculos de soberanía con Marruecos y Mauritania, abriéndose con ello la puerta a la duda sobre la validez de aplicación del principio de autodeterminación. En otoño de 1975 el asunto del Sahara adquirió una indudable actualidad. Franco se moría y a efectos de España cualquier otra cuestión quedaba relegada a un segundo plano. Piénsese que el Alto Estado Mayor español consideraba militarmente inaceptable mantener el territorio a costa de una guerra con Marruecos. Para el Tribunal de La Haya la debilidad de España representaba una coyuntura óptima para favorecer la autodeterminación del Sahara. De manera que las tesis de Rabat se vieron truncadas y el monarca no vio otra salida que lanzar a la población a invadir pacíficamente el territorio. La visita del entonces Príncipe Juan Carlos a El Aaiún, a modo de advertencia hacia la política de Rabat, contribuyó sin duda a suavizar la acción marroquí que quedó limitada a un gesto. Militarmente hablando, el Sahara hubiera sido fácilmente defendible por España. Sin embargo, la pérdida de credibilidad ante su pueblo y la sociedad internacional de un monarca marroquí derrotado hubiera podido, de haber conducido al establecimiento de un régimen radical en Marruecos, poner en peligro la estabilidad del Estrecho.

Los incidentes de la Marcha Verde sobre el Sahara, amparados en la soberanía del trono marroquí, condujeron a la convocatoria del Consejo de Seguridad que aprueba las Resoluciones 377 (22-X-75), 379 (2-XI-75) y 380 (6-XI-75) que siguen validando las tesis de la autodeterminación en el marco descolonizador. Los Ministros Antonio Carro y José Solís visitaron Rabat para preparar un acuerdo tripartito, que sería firmado en Madrid el 14 de noviembre, por el que España aceptaba la retirada de sus Fuerzas Armadas del Sahara, cuya administración cedía a Marruecos y Mauritania. Durante aquellas tensas semanas, los viajes entre Marruecos y España se hicieron muy intensos. Se trataba de eliminar el peligro de un conflicto armado. Para evitar un incremento de la tensión el Secretario General de Naciones Unidas, Kurt Waldheim, visitó a los gobiernos de ambos países. El Consejo de Seguridad pidió a Marruecos que detuviera la marcha el 6 de noviembre y el Hassan II dio la orden a sus súbditos de regresar tres días más tarde. El 18 de ese mismo mes se presentaba en las Cortes españolas el proyecto de descolonización del Sahara.

La Declaración de Madrid de 14 de noviembre de 1975, seguida de diversas actas tripartitas entre España y las partes, en las que se reconocían a España derechos vinculados con las capturas de pesca y la navegación, constaba de seis apartados. En ella, España reiteraba su

voluntad de llevar a cabo el proceso descolonizador del Sahara, según procedimiento establecido por Naciones Unidas, y se comprometía a crear una administración temporal del territorio, admitiendo en ella la participación de Marruecos y Mauritania, siempre en colaboración con la Yemáa –órgano administrativo creado para preparar el autogobierno. Se fija la retirada de la presencia española para el 28 de febrero de 1976, aunque se establece la creación de la figura de dos gobernadores adjuntos. La Declaración fue seguida, pues, por un conjunto de Resoluciones de Naciones Unidas en la línea de reafirmar el derecho inalienable del pueblo saharaui a la libre determinación y de solicitar a España que supervisara el acto correspondiente. Así mismo se produce un vacío jurídico en el momento de la retirada española en 1976 que difícilmente puede cubrir la Yemáa, disuelta el 24 de noviembre de 1975. España comunica al Secretario General de la ONU que cesa en su función administradora el 26 de febrero de 1976 y que con ello declina cualquier responsabilidad derivada de la administración del territorio. Entre tanto, Marruecos, haciendo caso omiso del principio de autodeterminación, procede a la repartición del Sahara Occidental con Mauritania (Boletín Oficial marroquí de 16 de abril de 1976). Se trata de una iniciativa sin validez jurídica a efectos de reconocimiento internacional que cuenta con la oposición de Argelia, si bien es constatada por las Naciones Unidas y recibida por la Organización de la Unidad Africana. El acto de celebración del referéndum, previsto inicialmente para el 28 de febrero no se llevó a cabo por no existir una administración convocante, al disolverse la Yemáa y al no transferirse la soberanía a Marruecos y a Mauritania. El estatuto y las obligaciones de España con respecto al Sahara quedarían sin determinar y la cuestión de la descolonización, inconclusa.

Los contactos españoles con las autoridades de Rabat entre 1976 y 1978 producen el resultado de avanzar en un cierto consenso sobre el tema. El clima en España no es unánime. Mientras que para la vieja derecha de tintes nacionalistas la salida precipitada del Sahara fue una manifestación de debilidad del régimen, los demócratas, en pleno comienzo de la Transición, no ocultaron su decepción ante lo que consideraron una política desatinada con respecto al derecho de los pueblos. La Izquierda reclama un acercamiento de España al Frente Polisario, realizado por la UCD en 1978, y el reconocimiento de la República Árabe Democrática Saharahui. En cualquier caso, la postura oficial del gobierno español será la defensa de una retirada definitiva de cualquier política norteafricana y en consecuencia el apoyo a un proceso de autodeterminación que le exima de responsabilidades administrativas en la región. La visita a Argel del presidente Suárez, en mayo de 1979, provoca una reacción negativa de Marruecos, contrario a la imparable internacionalización de la cuestión saharaui. Pero dicha internacionalización es imparable. Ya a comienzos de 1979 se aprecia un incremento del apoyo africanista a favor de la causa saharaui cuya capacidad de resistencia parece consolidada. También se produce un acercamiento entre elementos gubernamentales españoles y del

Polisario que llegan a proponer Madrid como sede de reunión para buscar una solución al problema.